

# AUGUSTO ROA BASTOS EN MONTEVIDEO

**E**STE hombre de 43 años, serio, observador, hondo, que está ahora en Montevideo, pertenece a un reducido núcleo de creadores que a lo largo del continente tienen ahora entre sus manos el destino de la novela americana. Cuando los Miguel Asturias, Manuel Rojas, Uslar Pietri, publicaban sus primeros libros, él estaba en la escuela; y, aunque siendo muy joven cometió los habituales pecados más expresivos que literarios, su auténtico ingreso a las letras es posterior a su exilio del Paraguay en 1947, y está representando hasta el momento por sólo dos títulos: *El trueno entre las hojas* (1953) y *Hijo de hombre* (1960). Lo que estaba claramente anunciado en el primero y alcanzó madurez en el segundo de esos libros, es también lo que permite esperar mucho de él y pensar que en sus manos está una importante cuota de la novela del continente: una sorprendente, árida invención de situaciones; un lenguaje vivo, cargado de emoción interior que puede llegar al desgarramiento; una intuición misteriosa, casi mágica de los procesos de la vida, que se alía a un afán mayor de estructuras cognoscitivas; una superación del realismo folklórico buscando la intrahistoria americana sin eludir al mismo tiempo la circunstancia contemporánea ni la más permanente verdad del hombre.

En Roa hay un paraguayo, nutrido de su tierra, sus hombres, su paisaje, esforzándose permanentemente por participar de un lenguaje estético, de un aparato ideológico de índole universal. Puede pensarse que sus años en la ciudad más cosmopolita de América no han sido vanos y que han cultivado una rica capacidad original. Puede temerse, también, que la precaria vida del exiliado no haya restado fuerza y tiempo a una más tesonera dedicación literaria, y algunas desafortunadas incursiones cinematográficas pueden ponerse en ese rubro.

Roa tiene desde hace años una novela escrita, en la que deposita más confianza que en su laureada *Hijo de hombre* y a la que no ha podido dedicar la consideración necesaria para concluiría. Se titularía *Las aguas vivas*. Tiene escritos varios cuentos que no han sido recogidos en volumen, y el proyecto de un coherente volumen de cuentos, que llamaría *Isa* sin nadie, donde intenta operar una transformación de sus presupuestos narrativos. Un libreto cinematográfico pronto pa-



ra ser filmado por Fernando Ayala y que se ha postergado a último momento, se ha transformado en una "nouvelle". La rama verde en que trabaja sobre una de las más curiosas fiestas religiosas del norte argentino, la de Susumbo (San Esteban) en Santiago del Estero, será publicada en la renovada sección literaria de "El Mundo" de Buenos Aires y luego editada en amplia tirada. En el terreno cinematográfico, su adaptación de la novela de Jorge Abalos Shunko parece marcar una nueva dirección de su tarea, y a ella se agregan nuevos compromisos dentro de un plano de mayor jerarquía artística.

Pero detrás de toda su actividad literaria, incluso cuando encara un argumento sobre la reciente historia argentina, está presente un país, el Paraguay, una situación cotidianamente trágica que parece haberse hecho carne con un pueblo a lo largo de un siglo, una interrogación inquieta de la realidad americana partiendo de esa situación. Lo que en la conversación agrega sobre su país, política, económica, socialmente, sobre la opresión del imperialismo, sobre la corrupción llevada hasta la barbarie de sus dirigentes, sobre la sorda esperanza popular, es apenas la cáscara de una meditación más honda sobre su pueblo y que ha expresado con rigor para quienes son capaces de entender en su novela *Hijo de hombre*. Una visión sangrienta y a la vez llena de fuerza trágica y de confianza, que es actualmente como un ritornello obsesivo y que reaparece en *La rama verde*.

En esa visión no habrá ya un héroe individual, único, perfecto, sino una sucesión de héroes que emergen y se disuelven en ese único protagonista auténtico que es la masa, el pueblo todo que, a cada nueva derrota, ofrece para el futuro un hijo, un nuevo hombre. Y en ese acto nos dice que no reconoce su derrota, que en última instancia es invencible; que quizás sea inmortal.

Este es el motor que anima y explica su gran novela *Hijo de hombre*, configura su estructura y da solidez a sus barrocos crecimientos. Pero no alcanza a definir las virtudes creativas de un escritor que está hoy en su incipiente madurez, ante un compromiso artístico e ideológico de más altura del que podrá salir la voz americana que esperamos en este sur de América.